

Sin embargo, la causa real y la más poderosa de la tentación, y por consiguiente del pecado, es la concupiscencia. De ella se sirve el demonio para seducir nuestro espíritu, nuestra voluntad y nuestra imaginación, y para precipitarnos en el abismo de la culpa. Ella engendra la irreflexión, la ignorancia, la mala costumbre, la ceguedad de entendimiento y oscurece la razón y no se ve tal cual es la malicia del pecado; y por eso el grande Apóstol la llama *ley de la carne, que es contraria á la ley del espíritu*, y dice terminantemente: «*Andad en Espíritu (Espíritu ambulate); porque si viviereis según la carne, moriréis.*»

Y ved aquí, en resumen, lo que siempre y en toda ocasión debemos evitar. ¿De qué manera? Esto es lo que, por conclusión, os diré ahora: estadme atentos.

PUNTO 3.º

MEDIO PARA SER SANTOS

Sentando por base lo que ya os dejo dicho, esto es, que el buen cristiano ha de seguir la doctrina de Cristo, y que ha de vivir unido á El, imitando sus virtudes y ejemplos, siguese que por necesidad ha de andar vigilante sobre sí mismo, á fin de que sus pasiones jamás se enseñoreen del espíritu, ni le precipiten en el abismo del pecado; y para ello, el Apóstol San Pablo, con luz del cielo, nos propone en la Epístola de hoy un medio eficacísimo, compendio de todos los medios, diciendo: «*Espíritu ambulate.*» (*Andad en Espíritu.*)

¿Qué significa *andar en Espíritu*? — Los santos y doctores de la Iglesia, todos á una voz, afirman que es obrar, no según las pasiones, ni según las concupiscencias, ni según las conveniencias terrenas, sino según las razones divinas, según las ilustraciones y mociones del Espíritu Santo, según el Espíritu de Cristo y sus amorosas enseñanzas, según los mandatos de la Iglesia nuestra Madre, y según las exhortaciones y consejos de un discreto y prudente Confesor.

Andar en Espíritu, quiere decir que hemos de estar en gracia de Dios, exentos de todo pecado grave, para que el Espíritu Santo more de asiento en nosotros, y anime y fortifique nuestro corazón; é ilumine nuestra inteligencia, y mueva nuestra voluntad; de tal suerte, que siempre tengamos sumisas las pasiones á la razón ilustrada por la fe, y como crucificada nuestra carne pecadora, á la

manera que Jesucristo, Hijo de Dios vivo, consubstancial al Padre, y Santo de los santos, fué crucificado en la cruz por nuestras culpas.

Esta es cabalmente la conclusión final que San Pablo pone en la Epístola de la presente Dominica, que venimos considerando, diciendo: «*Los que son verdaderamente cristianos y pertenecen á Jesucristo, crucifican los deseos desordenados de su ser corporal, y juntamente sus pasiones y afectos menos puros (1)*» para que reine en ellos el Espíritu de Cristo.

Nótese que el Apóstol emplea la palabra *crucifixión*, para que se entienda, que así como el hombre crucificado apenas puede moverse, y por la efusión de la sangre, se va debilitando en su naturaleza, hasta que muere; así también el verdadero cristiano, por la mortificación continua, establece en sí mismo una como crucifixión de sus pasiones, y de tal suerte las debilita, que se mueven muy remisamente y no le arrastran al pecado.

Tal es, amados míos, el medio que debemos emplear para vivir siempre según el Espíritu de Cristo, y dar gloria á Dios, y obtener la eterna bienaventuranza para que hemos sido criados. Concédenos ¡oh buen Jesús! que llevemos siempre grabada en nuestra memoria esta enseñanza del Apóstol, y que, siendo verdaderos hijos de Dios, obremos como tales, animados y robustecidos con la gracia del Espíritu Santo, y que por tus méritos infinitos, vivamos en caridad en esta vida, y después gocemos en la otra de la eterna bienaventuranza. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo XV después de Pentecostés.

De la corrección fraterna.

HERMANOS míos amadísimos: En la hermosa y continuada serie de epístolas que la Iglesia nuestra Madre ha puesto á nuestra consideración en las Dominicas precedentes, hemos visto la *necesidad de morir al pecado y de vivir á la gracia*, apartándonos

(1) Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis (Galat., V, 24.)

de lo malo y practicando lo bueno, como hijos verdaderos de Dios, hermanos de Jesucristo, templos del Espíritu Santo y herederos legítimos de la patria celestial. También nos ha señalado los motivos de confianza en Dios, la naturaleza, excelencia, cualidades y provechos de la fe católica, exhortándonos á vivir, según el Espíritu, mortificando en todo las exigencias desordenadas de nuestras pasiones, como medio eficazísimo para perseverar en la vida verdaderamente cristiana.

En el día de hoy, suponiendo ya que todos nos encontramos convertidos á Dios y deseosos de permanecer en su amor comienza á indicarnos las principales virtudes en que hemos de ejercitarnos para llevar una vida digna de los hijos de Dios, y al efecto por labios de San Pablo se expresa de esta manera:

«Hermanos: Si vivimos por el Espíritu, andemos también por Espíritu. No seamos codiciosos de vanagloria, ni nos indispongamos los unos con los otros, dando lugar á la envidia. Si alguno, como hombre (flaco), cayere en algún delito, amonestadle con espíritu de mansedumbre considerándoos á vosotros mismos, no seais también tentados. Llevad los unos las cargas de los otros, y de esta manera cumpliréis la ley de Cristo; porque si alguno estima ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña. Pruebe cada uno su obra, y así él tendrá gloria en sí mismo solamente, y no en otro, porque cada cual llevará su carga.» (Galat., V, 25 y 26, y VI, 1 á 10.)

Consideremos, carísimos hermanos, esta nueva enseñanza del grande Apóstol, y en ella aprenderemos dos cosas:

- 1.^a Tierna compasión con los pecadores.
- 2.^a El modo humilde de corregirlos.

PUNTO 1.º

QUE HEMOS DE CORREGIR CON MANSEDUMBRE

Suele ser vicio de muchos cristianos mirar con desdén y tratar con dureza á los pobres pecadores. Mal hecho; muy mal hecho, porque éste no es el espíritu de Jesucristo, sino el del Fariseo, que orando de pie junto al altar, se consideraba mejor que el arrepentido Publicano. Hay gentes tan sin juicio, que porque oyen Misa y rezan el Rosario, y visitan al Señor en las Cuarenta horas, y hacen cuatro novenas atropelladas, y tienen un cuarto de hora de oración mental cada día, y confiesan y comulgan de vez en cuando, se ima-

ginan que son unos santos de altar, dignos de todo encomio, y que en su comparación los pobres pecadores son objeto de horror que merecen las venganzas celestiales y el fuego del infierno. ¡Oh, qué presunción! ¿Quién sabe si esos mismos pecadores, que ahora desprecian, habrán de estar otro día en el cielo con coronas de gloria mucho más refulgentes que las suyas?

¡Cuánto más cristiano, y más humilde, y más provechoso, será considerar que tales pecadores pueden arrepentirse, ó se hallan ya arrepentidos, y que á los ojos de Dios, tal vez sean mejores que nosotros! Todos somos formados del mismo barro, y tenemos al mismo Dios por Padre, al mismo Jesucristo por Hermano, á la misma Iglesia por Madre, al mismo Espíritu Santo por Abogado y la misma mesa para recibir el alimento espiritual, y la misma fe, y los mismos Sacramentos, y el mismo cielo por herencia.

Pues bien; contra el defecto dicho, propio de algunas personas que se tienen por espirituales, conviene oponer las palabras del Santo Apóstol en la Epístola de este día, cuyo sentido es el siguiente: «Hermanos: si vivís por el Espíritu, es decir, si estáis verdaderamente muertos al pecado, si la gracia de Dios reina en vuestros corazones, si el Espíritu del Señor es el que os vivifica y no el espíritu del mundo, considerad que *habéis de vivir según el mismo Espíritu divino*, y seguir sus impulsos sobrenaturales y no caer jamás en presunción, figurándoos que sois mejores que los demás. Si vivís según el Espíritu de Dios, si el Espíritu Santo es la vida de vuestra alma, andad según el dictamen del Santo Espíritu, siguiendo siempre y en todas las cosas el impulso de sus divinos movimientos.» (*Si Spiritu vivimus, Spiritu et ambulemus.*—Verso 25.)

¿Y cómo? El mismo Apóstol lo dice á continuación: «*No apeteciendo nunca la vanagloria, no provocando ó insultando al prójimo, ni teniendo envidia los unos de los otros* (1).» ¡Hermosa advertencia!

Tres vicios espirituales reprende aquí San Pablo, íntimamente conexos entre sí, y que son muy frecuentes en las personas que viven según el mundo. Estas andan como á caza de honores, cifrándolos en muchas cosas que no los merecen; como, por ejemplo, en la ciencia, en la elocuencia, en las riquezas; y poseyendo alguna de estas cosas, ya se consideran superiores á los demás en todo y quieren que se les preste continuo homenaje.

Impregnados de este espíritu, suelen ajar el amor propio de sus semejantes, y si estos sobresalen en algunas bellas cualidades, pro-

(1) Non efficiamur inanis gloriae cupidi, invicem provocantes, invicem invidentes. (Galat., V, 26.)

curan obscurecerlas refiriendo y ponderando sus defectos. En una palabra, tienen *envidia*, y por eso dice el Apóstol: «No os dejéis llevar de la vanagloria, ni os provoquéis los unos á los otros con palabras mordaces opuestas al Espíritu de Dios, y mucho menos tengáis envidia unos de otros, porque es un vicio funesto origen de grandes males.» (Paráfrasis.)

Pero, Dios mío, suelen decir algunos; si estamos viendo hombres irreligiosos y perversos, que continuamente están dando mal ejemplo y ofendiendo mucho á Dios, ¿es posible que á estos hombres hayamos de tratar con dulzura y consideración cuando debieran estar exterminados? Es verdad—contesta el mismo Apóstol;—pero, hermanos míos, «*si alguno, como hombre, fuere sorprendido en algún delito, vosotros, que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre*» (1).

Es decir, que cuando veamos que alguno, seducido por los falsos apóstoles, cae en pecados, más bien efecto de flaqueza que de malicia, nosotros, que somos espirituales, nosotros, que andamos en Espíritu, y que vivimos según El, nosotros que procuramos ser perfectos, y que llevamos nuestras pasiones crucificadas, como crucificado fué Jesucristo, nosotros, pues, debemos amonestarle con espíritu de mansedumbre; esto es, no con dureza, no castigándole, no condenándole, sino con suavidad y dulzura, para que se reconozca, y se arrepienta, y se enmienda y torne á ser buen cristiano.

Y nótese que el sagrado texto, no dice solamente con mansedumbre, sino con espíritu de mansedumbre, ó sea con afecto interno, amoroso y compasivo, como procedente del Espíritu Santo, que nos comunica su dulzura y que amonesta al pecador por nuestros labios. (*Hujusmodi instruite in Spiritu lenitatis.*)

De esta manera quiere el Señor que tratemos á los pecadores, cuando en ellos no haya obstinación; y ejemplo sublime de esta virtud nos dió el mismo San Pablo cuando dijo á los fieles de Mileto: «*Hermanos: no he dejado, de día y de noche, de advertir á cada uno de vosotros, con lágrimas en los ojos; y ahora os encomiendo á Dios y á la palabra de su gracia; os encomiendo á Aquel que es poderoso para acabar el edificio de VUESTRA SALVACIÓN y haceros participar de su herencia con todos los Santos.*» (Act., XX, 32.) «*¿Quién enferma, que no enferme yo con él?*» (2). *Si un miembro padece, todos los*

(1) Hujusmodi instruite in spiritu lenitatis... (Galat., VI, 1.)—Non loquitur de obstinatis in malo: hi enim, docente S. Gregor. quia destinata malitia et voluntate peccant, dure sunt increpandi. (Cornel. a Lapide.)

(2) Quis infirmatur, et ego non infirmor? (II Corint., II, 29.)

miembros sufren al mismo tiempo (1).» Lo cual es como si el Apóstol dijera: «Todos somos miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo; luego todos hemos de tener compasión los unos de los otros, amonestándonos mutuamente con espíritu de mansedumbre. (*Instruite in Spiritu lenitatis.*)

Esto que enseñó y ejercitó el Apóstol es buen modelo para nosotros, siempre que se juzgue conveniente y provechosa la amonestación (2); y para que todos comprendamos la necesidad de obrar de este modo y no de otro, consideremos ahora los motivos que nos obligan á ser compasivos y mansos para con los pecadores.

PUNTO 2.º

QUE LA CORRECCIÓN HA DE SER HUMILDE

La amonestación, ó corrección bien hecha, es el camino de la vida para el que la da y para el que la recibe; porque «*es señal de gran misericordia con los pecadores el no dejarlos vivir largo tiempo á su antojo, sino aplicarles prontamente el azote para que se enmienden*» (3).» Ya sabemos que no siempre se puede dar la advertencia, ni siempre se recibe bien; porque el corazón humano es de tan ruin condición, que ama á quien le daña adulándole, y odia al que le favorece reprendiéndole. No todos saben ni tienen en cuenta aquellas palabras divinas: «*Pobreza é ignorancia experimentará el que huye de la corrección*» (4).»

Mas concretándonos al cristiano que haya de corregir ó amonestar al pecador, ya lo hemos dicho, ha de ser con espíritu de mansedumbre, pues el golpe dado con amor, no ha de ser estocada que mate, sino disciplina que despierte y cure los vicios; según aquellas palabras del Deuteronomio: «*Daré el golpe y sanaré.*» (*Percutiam et sanabo.*—XXXII, 39.)

Refiérese en el libro segundo de los Reyes, que David, habiendo destrozado á los Moabitas, hizo tender en el suelo á los prisioneros y los midió á cordel; dividiéndolos en dos secciones, y sorteándolos después; una para darles muerte, la otra para conservarles la vida. (VIII, 2.) Ved aquí un ejemplo de lo que ha de hacerse en la

(1) Si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra. (I Corint., XII, 26.)

(2) Sobre la corrección fraterna, véase nuestra obra *La Vida feliz*. Tomo 3.º capítulos XXI, al XXV.

(3) Etenim multo tempore non sinere peccatoribus ex sententia agere, sed statim ultiones adhibere, magni beneficii est indicium. (Machab., VI, 13.)

(4) Egestas et ignominia ei qui deserit disciplinam. (Prov., XIII, 18.)

corrección del pecador; hay que dividirla en dos partes: una de *intransigencia* con los pecados, para que mueran todos (*hujusmodi instruite*); otra de *suavidad y dulzura* con el pecador, para que se convierta y viva. (*In spiritu lenitatis*.) O como dijo San Francisco de Sales: Guerra al lobo y voces á los pastores.

El que corrige, ha de acordarse que desempeña el oficio de ángel, y, por consiguiente, que ha de obrar de modo angélico, *sin ira y sin pasión*, con suavidad y dulzura, con caridad y misericordia. La razón de esto la da el mismo Apóstol, diciendo: *Considerándoos á vosotros mismos.*» (*Considerans te ipsum.*)

¿Qué hemos de considerar en nosotros?—Tres cosas: 1.^a *Lo que fuimos y lo que hicimos.*—2.^a *Lo que somos y lo que hacemos.*—3.^a *Lo que hiciéramos, si el Señor no nos tuviera de su mano.*

En cuanto á lo primero, ¿quién ha tenido la dicha de ser tan santo durante el curso de su vida, que jamás haya pecado, y que no tenga mucho de que arrepentirse? ¡Tal vez hayamos cometido las mismas culpas que reprendemos en el prójimo, y con circunstancias agravantes! ¿Es justo que nos llene de ira su flaqueza y no nos acordemos de la nuestra? Si cuando estábamos caídos en la culpa, nos hubieran reprendido con palabras duras y con tratamientos altivos, ¿qué hubiéramos dicho y pensado? ¿No recibiríamos mejor las palabras blandas y compasivas? Hagamos, pues, con el prójimo lo que querriamos que él hiciera con nosotros en igual caso. Amonestemos, pues, á nuestros semejantes, según el Espíritu de Dios, que es Espíritu de mansedumbre, y para ello considerémosnos á nosotros mismos en lo que hemos sido y en lo que hemos dicho.—«*Considerans te ipsum.*»

Pero, viniendo á la segunda razón, ¿qué somos hoy? ¿Por ventura estamos en pecado? Si esto es así, ¿cómo osamos reprender á otros con altanería y dureza? ¿Somos acaso del número de los justos?—Pues entendamos que á la gracia de Dios lo debemos; porque si el Señor dejara de asistirnos, ¿dónde iríamos á parar? ¿Qué crimen puede cometer otro hombre que no podamos cometer nosotros? Veinticuatro horas tiene el día—dijo en su tiempo San Francisco de Sales; y ¿quién sabe si en ellas habrá una mala para alguno de nosotros? Somos hombres, y, por tanto, capaces de todos los excesos de la humanidad corrompida. «*El que esté en pie*—dijo San Pablo—*mire y no caiga* (1)». Y en esto se funda, cuando en la Epístola de este día dice: «*Si algún hombre cayere en algún delito, amonestadle*

(1) Qui se existimat stare, videat ne cadat.

con espíritu de mansedumbre, considerándoos á vosotros mismos, no seáis también tentados.» (*Ne et tu tenteris.*)

Por último, ¿qué haríamos nosotros, puestos en el caso de nuestro hermano pecador, si Dios no nos tuviera de su mano? ¡Oh! ¿Quién sabe si seríamos peor que él! ¿Y osaremos tratarle con dureza ó con desprecio?

Luego, de cualquiera manera que nos consideremos, es una necesidad en nosotros revestirnos de entrañas de misericordia para con nuestros semejantes, *soportando*—como añade el mismo Apóstol—«*los unos los defectos de los otros, pues así, y únicamente así, cumpliremos la ley de Cristo; porque si alguno estima ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña.*» (Vers. 2 y 3.) Es decir que nosotros nada somos, y nada bueno tenemos de nosotros mismos; sino que todo lo que somos y valemos es por la gracia de Dios, á quien siempre y en todo debemos dar honor y gloria.

Ved aquí, amados míos, por qué San Pablo, en la misma Epístola escribe á continuación: *Cada uno pruebe su obra, y así él tendrá gloria en sí mismo solamente, y no en otro, porque cada cual llevará su carga.*» (Vers. 4.) Es decir, que los cristianos debemos hacer juicio de nuestra virtud, no comparándola con la de otros, sino sondeándonos á nosotros mismos, midiendo nuestras acciones por la regla inmutable de la ley de Dios. En lo que dichas acciones estén conformes con los mandamientos divinos tendremos gloria, pero esta gloria más que á nosotros pertenece á Dios, de quien todo lo hemos recibido.

En suma, termina el Apóstol: «*cada cual llevará su carga*»; en lo cual nos enseña á todos, que Jesucristo, justo Juez de vivos y muertos, nos dará á todos, galardón ó castigo, según nuestras obras. ¡Qué carga, Dios mío! ¡Qué carga será la nuestra!

Obremos, pues, siempre lo bueno; vivamos según el Espíritu de Dios, siendo mansos y compasivos con los pobres pecadores, considerándonos á nosotros mismos, y de esta manera cumpliremos la ley de Cristo en la tierra, y seremos coronados eternamente en el cielo. Amén.